

M. Hubner ha podido escribir este folleto porque tiene lo que podía desear, una casa de campo donde vive tranquilamente; los industriales que comienzan no se atreven siquiera á resollar.

La gran Casa de banca, la gran Fábrica apoyada en un sólido sindicato judío, el gran Almacén proyectan su sombra en el horizonte como el fuerte castillo de otros tiempos y las casitas como las cabañas de antaño, tienen miedo de la terrible vecindad. Los pequeños saben muy bien que un día serán comidos, pero esperan este día con cobarde inquietud, sin atreverse á evitar que se labre su perdición, mientras quizás sería aun ocasión propicia.

Los grandes almacenes son también una de las formas más curiosas del monopolio.

Alrededor de almacenes inmensos como la Baratura todo muere como alrededor del manzanillo, todo se extingue como desaparecen las lucecitas en la esfera luminosa de un foco grande.

Los grandes almacenes representan el feudalismo (1) industrial en París. Por más que muchos inferiores queden ocultos, el feudo de la clase media y su funcionamiento son

(1) M. de la Tour du Pin me ha manifestado á menudo su pesar al ver esta palabra feudalismo, que ha representado cosas tan altas, tan elevadas, tan puras, aplicada también á usurpaciones bajas, á tiranías de dinero. Sin embargo, es difícil encontrar otro término para designar esos poderes capitalistas que equivalen á los feudos antiguos, dejando aparte lo bueno que tenían estos.

Los mismos escritores socialistas formales reconocen la diferencia que señala M. de la Tour du Pin, mientras declaran también que es casi imposible emplear una expresión más exacta.

Solo á falta de otra mejor empleo esta palabra, dice M. Benito Malon. *Feudalismo* significa privilegio otorgado en cambio de deberes sociales consentidos; solo tiene un objeto; apropiarse la mayor parte posible del trabajo ajeno y de la acumulación social para usar y abusar del mismo egoístamente. Esta es su grande indignidad moral y la señal de su próxima decadencia en nombre de la salvación pública y de los grandes intereses de la Humanidad.»

más fáciles de observar ahí, por consiguiente, que el feudo industrial de provincia. En este último, efectivamente, apenas si entráis como no sea en clase de invitado que pasea, que se hace ayunar en grande cuando es calificado y que se retira, asombrado, preguntándose vagamente, si dueños tan amables no son ángeles disfrazados.

Los propietarios de grandes almacenes, por otra parte, son, también, bienhechores de la especie humana y mil veces habreis leído los elogios de sus virtudes. Los primeros filántropos se contentaban con hacer sopas á sus obreros con viejos botones de pantalones; el director del gran almacén regenera á la humanidad por medio del cornetín, para su personal crea una charanga y diversos juegos.

A decir verdad, para personas que tienen tantas distracciones, no me parecen muy alegres, que digamos, todos estos empleados. Hasta mediodía el aspecto es lúgubre, se resiente todo de la ordenanza militar, el cuartel sin el ejercicio de la mañana y los toques de corneta. Con sus ojos tristes, las pobres mujeres os cuentan el padecimiento continuamente renovado de la promiscuidad con el hombre, la amargura del tributo que debe pagarse, cuando se es guapa, á los directores, á los sub-directores, á los interesados, á los primeros y harto á menudo á las primeras, á las segundas á veces dominadas por monstruosos caprichos.

Macé, el testigo verídico y voluntariamente brusco de las costumbres de este París sobre el que ha velado tanto tiempo, nos ha pintado lo que pasaba en esos bazares, los enfermos que se dan cita en ellos; los extraviados por pasiones de toda clase, los *limpia-suelos*, los *peloteros*, los *destructores*. Hablad con él y os dirá que no ha hecho más que desflorar el asunto y que se decidió á echar al fuego las páginas más raras de este capítulo.

Cuando se dice tímidamente á los conservadores que estos

establecimientos, de proporciones anormales, se encuentran fuera de las propiedades permitidas á particulares, y que el Estado debiera incautarse de ellas y reorganizarlos, se ponen á gritar desaforadamente. Es pues tan delgada la separacion entre estos establecimientos y los públicos que esas grandes casas cuyos derechos pretende respetar el Estado no respetan ellas los derechos del Estado. Obedecen á la lógica de la constitucion de los feudos y se declaran independientes.

Antaño, el buen señor, despues de la comida, sentábase en un sillón, y, asistido de su senescal, juzgaba á los que le traía su cuadrilla, y ejercía su derecho de baja, media y alta justicia. De la misma manera obran nuestros feudales. No les gusta el código Napoleon, cosa disculpable; prefieren la ley Burgonda, fundada en la *composicion*, la reparacion del delito por una cantidad más ó menos crecida.

Todo sucede con el aparato conveniente; reúnen en un local herméticamente cerrado con puertas de caoba macisa. Los inspectores al servicio del establecimiento presentan su informe y queda establecido el robo sobre su solo testimonio.

En el interior, son generalmente antiguos inspectores retirados quienes prestan el servicio (1).

Establecidos los robos por estos últimos, la persona cogida infraganti es acusada al consejo de administracion convocado instantáneamente por una campanilla eléctrica, muy conocida del personal.

El consejo determina acerca de su suerte, después de haberla hecho registrar previamente. Si no contesta, reconoce el delito, prueba su identidad, se compone, y entonces se compromete por escrito á indemnizar al gran bazar, autorizado, con el mismo escrito, á uno de sus delegados para entregarse en su casa á investigaciones sin la intervencion de la autoridad judicial.

(1) Macé. *Un joli monde*.

En esta visita domiciliaria, se recobran solo las mercaderías nuevas.

Segun su categoría, su posicion, su fortuna, la mujer acriminada entrega una cantidad que es, *se dice*, enteramente destinada para los pobres, cantidad que varia de 5 francos á 10.000 francos.

¿Con qué derecho, pregunto yo, se permiten simples particulares imponer multas de cinco francos á diez mil francos (1)?

¿Quién fiscaliza el empleo de estas cantidades?

Si hubiese siquiera sombra de organizacion social, los directores, que se hubiesen permitido una sola vez, semejante usurpacion de funciones, dormirian en el Depósito el dia siguiente y los Camescasse y los Gagnon, que han tolerado tanto tiempo semejante estado de cosas, serian enviados á presidio.

Esto á nadie maravilla.

Es necesario no perder de vista á los que se permiten arrogarse el derecho de hacer justicia sin la sombra de un

(1) Las situaciones idénticas se repiten fatalmente en su forma. Lo que sucede nos ayuda perfectamente á comprender cómo se ha operado el desmembramiento del poder central por el feudalismo. Cada cual toma lo que puede en el derecho de todos y grita contra el pueblo que reclama un men-drugo.

Los directores de los grandes almacenes hacen justicia por su autoridad privada.

La casa Hachette restablece la comision de buhonero legalmente suprimida, é inviste á sus empleados de la casa para que decidan cuales son los libros que pueden circular sin peligro.

La *Alianza israelita* acuña moneda.

El *Intransigent* del 17 de agosto de 1887 dice: «Acábanse de recibir en Viena las primeras piezas de moneda acuñadas en París por las comunidades judías establecidas en Palestina y aseguradas por la *Alianza israelita* universal.

Dichas monedas son de bronce. Su valor es de un piastra, medio piastra, y un cuarto de piastra. En el reverso hay grabados caracteres hebraicos. En el anverso hay una cifra con esta inscripcion: A. I. U. (*Alianza israelita universal*.)

mandato. El hijo del fundador de uno de estos establecimientos gigantescos ha sido detenido diez veces por actos inconfesables. Otro justiciero, dicen, ha ganado más que perdido en un incendio famoso. Un tercero, después de haber disparado contra su mujer, ha intentado suicidarse. Es verdad que otros pretenden que no tiró sobre su mujer, que no intentó suicidarse, que no es nada loco y que está sequestrado sin consideración á todas las leyes. Estos son dramas de alcoba de clase media que jamás se aclaran.

Estos son los que ponen á una desgraciada mujer á quien se arrastra jadeante, enloquecida, en su presencia, entre la obligación de pagar una cantidad determinada ó el temor de un proceso escandaloso en el que está previamente condenada.

Nada más fácil para uno de estos feudales que tender, si quisiera, un lazo á la mujer más honrada del mundo. Tiene suyo á su comisario de policía, como el señor tenía su senescal ó su baile suyo; tiene suyos sus agentes, como tenía el señor sus exentos y sus guardias. Una santa no podría defenderse en la corrección contra una organización tan completa.

No creo que vayan tan allá los directores de grandes almacenes: contentándose con recibir el dinero y formar expedientes.

Clasifican, nos dice M. Macé, por número de órden, las promesas firmadas, el resultado de las pesquisas hechas, las cantidades sucesivamente entregadas y la correspondencia cambiada.

Si la ladrona pertenece á la sociedad galante, se le agrega su fotografía.

Una *cómica* de fama ocupa el primer puesto en los archivos particulares de uno de los principales bazares parisienses.

Todos estos expedientes, con cubiertas-índices, son para esos caballeros una mercadería que puede tener su valor en un día dado.... Son sus documentos.... políticos.

Estos expedientes sirven para obtener empleos, favores, condecoraciones. Después de un robo ó de un pretense robo cometido por la esposa de un cónsul extranjero fué condecorado todo un almacén. Un empleado en el artículo de flanelas, en el Louvre, debió á una circunstancia análoga la realización del sueño dorado de toda su vida, ser nombrado sub-prefecto.

Naturalmente, la mujer del pueblo es la que se deja arrastrar á robar un juguete que su hijito mira con cariño y paga por todos. Como de vez en cuando se necesita un ejemplar, se la entrega al brazo seglar y el sustituto procede contra ella con indomable energía.

Ya he demostrado que por análoga usurpación se han arrogado los Hachette el derecho de censura sobre los escritores.

La cuestión es muy sencilla y los Hachette no tienen más derecho á juzgar los escritos que los Boucicaut y los Hériot á juzgar á los hombres.

M. de Janzé, tan competente en cuanto se relaciona con estas materias y á quien tengo la satisfacción de enviar mi público agradecimiento por haber defendido la libertad del escritor, ha resumido admirablemente la discusión (1).

En abril de 1852, presentaron los Hachette á las compañías una nota en la que anunciaban la intención de publicar con el nombre de *Biblioteca de los ferro-carriles*, una colección de obras literarias, históricas, científicas y artísticas.

El 20 de diciembre del mismo año, escriben los Hachette á M. de Maupas, ministro de la policía general, suplicándole autorizara el tratado por el cual las compañías les concedían el derecho de establecer en estaciones los depósitos

(1) *El monopolio Hachette*, por M. de Janzé, antiguo diputado.

de los libros que contaban publicar en la *Biblioteca de los ferro-carriles*. En esta carta no se dice ni una palabra de monopolio. Es de simple sentido comun, en efecto, que si yo publico, por ejemplo, bajo este titulo general: *Biblioteca de los jóvenes*, una serie de volúmenes, que yo creo con razon ó sin ella, poder convenir á los *jóvenes*, puedo emprender una publicacion interesante y que tendrá buen éxito si está bien hecha, pero que seria insensatéz mia pretender que los jóvenes no pudieran jamás leer otras que las que figuraren en mi publicacion.

Es la historia del jorobado de la calle Quincampoix quien habia realizado una fortuna cuando el sistema de Law ofreciendo su espalda á los especuladores deseosos de escribir una orden; él disponía de su joroba pero jamás pretendió tener un monopolio y disponer de todas las jorobas.

M. de Maupas contesta que la ley acerca de la librería no le permite dar la autorizacion reclamada, por poderse considerar los depósitos de libros hechos en las estaciones como sucursales del establecimiento comercial de los Hachette; pero que está del todo dispuesto á autorizar á dichos librerías para hacer vender en las estaciones, por via de pregon, los libros que editaren.

Los Hachette hacen pues vender sus libros en las estaciones por bibliotecarios provistos de una autorizacion de buhonero, pero, al lado de los Hachette, buhoneros igualmente provistos de autorizacion continúan vendiendo los periódicos, las publicaciones y los libros de los demás editores.

M. Couche, ingeniero jefe y después inspector general de minas, cuyo testimonio es significativo, ha probado claro como la luz que no habia en esto rastro de un monopolio cualquiera debidamente consentido.

Las bibliotecas de propiedad de la librería Hachette, dice

M. Couche, no tienen ninguna *existencia legal*. Es evidente que la instalacion en las estaciones de una industria que constituye, de hecho, un monopolio absoluto no podría autorizarse sino después de examinado por la autoridad competente, y en el punto de vista especial de los ferro-carriles... Preválese M. Hachette, para justificar su monopolio de un tratado celebrado con las Compañías; este tratado, que me he hecho comunicar, no ha sido nunca sometido á la aprobacion del ministro, aunque varias de sus cláusulas reclaman evidentemente la autorizacion. La biblioteca de los ferro-carriles es el resultado de un *subterfugio* hábil, pero que no debiera haber tenido buen éxito. ¿Cómo procede M. Hachette? Parte de la existencia de las bibliotecas de ferro-carril como de un hecho perfectamente legal y regular; se guarda mucho de pedir nada *en su nombre*. Hace pedir por ciertos candidatos permisos de buhonería librados *en sus nombres*. El derecho es un permiso de buhonero concedido á un titular denominado, pero lo concedido de hecho, es el derecho á favor de M. Hachette para establecer en las estaciones, *con exclusion de los demás*, una sucursal de su librería. Se explica y justifica un monopolio cuando está fundado en un grande interés público; pero, ¿cómo justificarlo cuando es una concesion hecha á un interés personal y aun tácitamente, por via indirecta?

En la discusion que tuvo lugar en la Cámara en 1883, á consecuencia de una peticion firmada por muchos escritores (1), no respondió Raynal sino con bufonadas. «¿La casa Hachette estaria pues obligada, en vuestro concepto, preguntó él, á poner tratados de geometría en las estaciones si los autores manifestaran ser este su deseo?...

Más adecuado seria siempre esto que muchos libros que allí pone, pero ese es un mero argumento de judío. El ju-

(1) Esta peticion estaba firmada por los SS. Enrique Rochefort, Huysmans, Catulo Mendès, Emilio Bergerat, Pablo Alexis, Barriard, Champsaur, Ernesto d'Ervilly, Julio Guerin, de Heredia, Leon Hennique, Pedro de Lano, Mauricio Montegut, Guido de Maupassant, Barbey d'Aurevilly, Leon Chapron, Juan Richepin, Emilio Blavet, Léo Taxil, Cavallé, Deschaumes, Dubrujeaud, Gros-Claude, Pablo Hervien, Ernesto Leblant, Remigio Lucien, Octavio Mirbeau, Alberto Samanos, Enrique Beque.

dio, cuando se le aprieta algo, se escapa siempre por la tangente, con un despropósito, como aquellos á que se entregan, después de la media noche, en las cervecerías literarias de última fila.

—Mi vaso no es grande, pero... bebo en el vaso del mariscal Reynault de Saint- Jean-d'Angely.

Raynal, no obstante, se vió obligado á confesar que no estando autorizado el tratado no podia ligar al gobierno y que el derecho que se arrogaba la casa Hachette anulaba las decisiones de la Cámara, que habia suprimido la buhonería.

«El derecho del ministro queda entero, añadió él, de suprimir la autorizacion á todos los buhoneros de libros y periódicos, pero después de retirada esta autorizacion, no habria más venta de periódicos y libros y el público pagaria así los platos rotos.»

Esto era una imprudente mentira, como lo hizo muy bien notar uno de nuestros colegas, M. Ferrier, en el periódico *la Voie ferrée* (1).

Las compañías tienen grande interés en que no cese esta venta que les asegura una buena renta, ni aun debieran pagar ninguna indemnizacion á la casa Hachette, con motivo de la ruptura obligada de un tratado no autorizado, que contiene esta disposicion: "Los señores Hachette y C.^a están encargados de obtener por su cuenta y riesgo las autorizaciones del gobierno que pudieran necesitarse."

Es pues innegable que el día en que un ministro de Obras públicas retirare á los agentes de la casa Hachette la autorizacion de venta y buhonería y prescribiere á los prefectos que no concedieran nuevas autorizaciones á los agentes de una misma casa, no habria más monopolio de librería en todas las estaciones de Francia. Por consiguiente, no más censura posible, y la red de nuestros ferro-carriles vuelve á entrar en el

(1) *Voie ferrée*, del 2 de diciembre 1886.

derecho comun; la ley que prescribe la libertad de venta y de buhonería de todos los escritos cesa de ser una letra muerta en el dominio de las vías férreas, sin que el público deba pagar los platos rotos.

Quise tener la conciencia limpia en esta cuestion y rogué á Alberto de Mun que se ocupara de él en la tribuna.

¡Qué sólidos conocimientos posee este hombre tocante á los códigos! ¡Qué facilidad en estos hombres que aspiran á destruir la Revolucion y su obra en estar al tanto de todos los decretos, de todos los reglamentos que han acumulado, para complacer á las compañías, los representantes sucesivos de regímenes más ó menos revolucionarios! ¡Qué funesta tendencia en un francés de antigua raza á tomar por lo serio á judíos como Raynal ó Millaud, á negros como Heredia que no era francés en 1873 y hacia escarnio cuando se le confió un ministerio!

La conversacion, no obstante, habia comenzado bien.

¡Qué acogida me dispensó! Esto consuela.

—Sé, mi querido diputado, cuán resuelto estais cuando se trata....

—¡El combate!..... no conozco otra cosa..... Esto decía poco há tambien en una reunion de provincia: «Somos la Legion fulminante, tomamos el Lábaro, y adelante!»

—Mi querido amigo, soy excesivamente modesto, y me afligiria que sacarais el Lábaro por mí. Vengo sencillamente á pedirlos que me dispenseis un pequeño favor de amistad haciendo una pregunta al ministro de Obras públicas actual á ese horrible semita Millaud.

—¡Ay!

—Sabeis que la Francia judía puede ser discutida en el punto de vista de ciertas teorías, pero que no contiene una sola línea susceptible de ofender el pudor de nadie. Vengo pues á pedirlos que pregunteis con qué derecho, ya que la

Cámara ha abolido la comision de buhonería, se priva en las estaciones un libro que nada tiene de inmoral, mientras que en las mismas se permiten libros absolutamente corruptores.

—Esto es muy grave. Es preciso consultar todos los textos, ver todos los reglamentos, examinar todos los decretos. ¿Qué dice Cunin-Gridaine acerca de esto? Ha debido ocuparse en esta cuestion.

—Querido amigo mio, dejemos tranquilo á Cunin-Gridaine. Os suplico únicamente que hagais por un compañero de armas, por un escritor que siempre os ha apoyado, lo que un diputado de la extrema izquierda haria sin titubear para el más infimo de sus electores.

—¿Está autorizado el tratado? ¿No lo es? ¿Debia serlo? Es un enredo.

—El tratado no está autorizado por la excelente razon de que no hay tal tratado. Es la pareja de las estacadas Regimbault en los hipodromos. Regimbault ha plantado una estaca, después dos, después veinte, y habia acabado por ganar 300.000 francos por año pretendiendo que todos debian pagarle tributo. Los Hachette se han creado un pequeño feudo sin decir nada á nadie, y lo han ensanchado poco á poco, han transformado luego un derecho enteramente fiscal, muy sujeto á caucion, en un derecho de censura que solo pertenece al Estado. Este derecho, que no existe, existiria realmente y podeis perfectamente interrogar acerca del uso que de él se ha hecho, preguntar al ministro cuáles son exactamente los límites de este derecho, zurrar un poco á los Hachette que ponen obscenidades al alcance de los más jóvenes lectores y niegan la entrada de las estaciones á un libro irreprochable bajo el concepto de la moralidad.

—Veré..... veremos..... Será preciso que los grupos de-
liberen acerca de esto.....

En menos palabras, mi amigo del Lábaro no hizo nada absolutamente, é intentó cargar el mochuelo á un tribuno de menos categoría.

Este se zafó también, escurriéndoseme con sorprendente destreza.

—Estoy afligido, verdaderamente afligido, pero comprendéis ya que solo hace dos años que estoy en la Cámara, y no puedo hablar sin la autorizacion de mis jefes.

—¡Imposible! ocho días habia que estaba Pitt en el Parlamento cuando pronunció un discurso que removió la Europa.

—Yo no soy Pitt.

—Lo veo.....

Debo decir, por lo demás, que deploró largamente su impotencia y se extendió acerca de las desdichas de la situacion. Creí comprender que se lamentaba de que los miembros de la derecha fueran demasiados en la Cámara para hacer una oposicion útil.

—Al paso que vais, le dije, ese es un mal que se encargarán de curaros los electores en las próximas elecciones.

Escribo esto sin ninguna animosidad. Mi amigo del Lábaro es un hombre sin hiel; sabe muy bien que aun le quiero, y estoy seguro de su fina correspondencia. Solo es evidente que ambos no tenemos igual idea del derecho. El es el descendiente de aquellos nobles señores que, bajo el Terror, se colocaban sobre la plancha, diciendo cortesmente: «¿Estoy bien así, señor verdugo?» Yo, por el contrario, soy descendiente de aquellos campesinos bretones que se emboscaban detrás de las malezas, cuando se les iba á demoler su campanario, y hacian fuego hasta morir.....

Los plebeyos triunfan siempre. Los Bretones no depusieron las armas hasta que se les devolvieron su iglesia y sus sacerdotes; los mismos soldados de la Commune acabaron

por tener la República,—es verdad que no les ha aprovechado gran cosa, pero esta es cuestion distinta.

A falta de mejor resultado, acabaré sino me matan, por forzar á los Hachette á no violar la ley contra un francés por complacer á judíos alemanes como los Rothschild. Tendré la satisfaccion de comprar uno de mis volúmenes en una estacion.....

Desde el primer dia anuncié este resultado á Fouret, uno de los directores de la casa Hachette, que es verdaderamente muy amable y muy afable y que fué mi compañero en el colegio Hiolle. Le escribí: «Mi querido amigo: no solamente cometeis una bajeza tocante á mí, sino tambien una majaderia porque llegará un momento en que se os obligará á capitular no obstante vuestros millones. No faltará un periódico ó un diputado probo que renovará contra vosotros la enérgica campaña que habia comenzado M. de Janzé y se os quitará un dia muy justamente un derecho que no os pertenece y del que, cofesadlo, abusais deplorablemente.»

En efecto, lo interesante, interiormente, en el punto de vista del estudio de las costumbres contemporáneas, es la manera como usan los Hachette del poder arbitrario que se han arrogado.

Nada aclara mejor la profunda inmoralidad que la Clase media oculta bajo actitudes de irreprochable correccion. Esta familia, muy decente en su vida, elevada á primera categoría por un trabajo honroso y que, rica y poderosa como es, no debiera tener más objeto que ocupar su puesto con independencia y orgullo, tiene todas las complacencias hácia la inmundicia y no opone su veto sino á la idea.

En *Zohar* un hermano es el amante de su hermana después de las descripciones en las que vale más no insistir.

En *Germinal* la Mouquette muestra, bajo las claridades del sol poniente..... lo que sabeis, lo que está escrito en tres letras en el libro. En *Pot Bouille*, esta obra sin nombre y sin similar en ninguna literatura, afortunadamente para la dignidad humana, los personajes se aprietan, espurrean, regueldan, paren y se juntan en mesas de cocina.

Los Hachette dicen: «¡Está muy bien!» En los *Rois de la République*, en el *Agiotage sous la 3^{me} République* de Chirac, en *Nos Chemins de fer* de M. Pendrié, en la *France juive*, se discuten cuestiones económicas y socialistas, los Hachette dicen: «¡Esto no va!»

Se imagina uno mentalmente ese hogar patriarcal. La madre Hachette, la reina madre, que así la llaman sus familiares, se ha encontrado con niñas encarnadas como gallos despues de una lectura erótica y con jóvenes ya picados por todos los agujones de la carne,—y esta señora,—digna personalmente de todos los respetos, dice á los suyos: «¡La venta es buena!» El cajero viene á anunciarle que el tanto por ciento será considerable, que el último libro de Zola es todavía más subido de color que los anteriores, lo que se celebra en familia, mientras que los lectores juveniles se retuercen abrasados por todos los fuegos de la lujuria, creyendo que les van ya pisando los talones los 30.000 demonios que san Macario vió cierto dia á la puerta de una sola casa de Antioquia.....

Realmente, esta familia austera vive de Miser Lucas (ea, os equivocais), diria Rabelais.

No quisiera yo por cierto hablar mal de ese caballero. Empleando la frase de Duclerc, el inventor de los Galeones de Vigo, es un instrumento necesario. En el capítulo XLII del *Moyen de parvenir*, Epaminondas, Evinquabre, Nostradamus, Hipócrates y Diógenes Laercio disertan extensamen-

te de él y pretenden que es por honra que se le hace sentar siempre el primero. Nostradamus quisiera que se hablara de él como se habla de la nariz, y dice: «si así fuera, se hablaría como se asienta y se escribiera del mismo verdaderamente se verían bellas ortografías de mujeres.» Así mismo parecen opinar Licofron y Metrodoro.

No quiero insistir más sobre el caso de Zola, colocado por sus antiguos discípulos entre los coprológicos. Si no se vió hombre tan puerco, hubo coprólogos antes que él y Montaigne conoció un noble atacado de este vicio. «En su casa, nos dice, veíase en fila un orden de palanganas de siete u ocho días; era aquello su estudio, sus discursos; toda conversación que no fuera esto, le olía mal.» Era evidentemente un antecesor de Zola.

Habríase no obstante comprendido que los Hachette, representantes de la dignidad de las letras francesas, se hubiesen negado á hacer circular ese río de zumo de estiercol al través del mundo. No han pensado más que en el beneficio que esto les produciría.

Lo mismo han hecho los directores de grandes compañías, cargados todos de diversas condecoraciones y altivos como ellos solos.

Después de haber hablado de Noblemaire en la *France juive*, recibí una carta anónima en la que reconocí, por entre delicados garabatos.

Un sexo amable y criado para agradar.

Se me aseguraba que me había engañado tocante á Noblemaire y que era «un carácter noble.» De todos modos, no ha dado pruebas de ello, que digamos, dejando penetrar todas las pornografías en sus estaciones y proscribiendo únicamente los libros en los que se discutía á Rothschild; me-

por haría inspeccionando algo su vía y evitar así que por su negligencia ocurriesen catástrofes como la de Velars.

No hablo de Manton que sólo tiene energía contra los débiles, según él mismo lo confiesa. Prescindo de Mathias, judío de Leipzig naturalizado después, pero ahí va por ejemplo M. Blount.

Quiero ser cortés con él; es un extranjero. Dispensa beneficios, pero me asombra que no comprenda que la primera caridad que debe hacerse es dejar que el escritor goce de sus derechos en su país. Se ha dicho que «la libertad es el derecho de ir y venir libremente:» pues bien, á mí no se me ocurrirá querer impedir que los ingleses circulen por su territorio y no se me alcanza bien porque M. Blount, director de las líneas del Oeste, me impide circular en unas líneas que son tan mías como suyas. En efecto, un libro no es más que una de las formas, una de las manifestaciones, una prolongación del hombre y del ciudadano; luego que deteneis mi libro, me deteneis á mí. Vuestro Hampden, que arrojó la cárcel por su derecho, no habría tolerado esto, señor Blount; tampoco lo tolero yo...

M. Blount hubiera podido perfectamente impedir este acto arbitrario diciendo á los Hachette: «Respetáos á vos mismo, ó vendedlo todo, según á ello estais obligado por la ley, lo que pone á cubierto vuestra responsabilidad y la nuestra, ó no proscribais los libros honrados en provecho de las obras inmundas.»

Así debía hablar M. Blount; tiene hijas hermosísimas, dicen, muy bien casadas y para quienes el mismo Blount hijo ha compuesto un *Chant nuptial*, porque es buen músico. Antes de casarse, han podido viajar siempre custodiadas por correctas profesoras, como corresponde á hijas de millonarios, pero hay muchas jóvenes francesas que no son hijas de millonarios, y que viajan solas. Cuando buscan un libro para